

LINGÜÍSTICA Y ARQUEOLOGÍA

LA CONQUISTA DEL MEDIO DÍA DE
EUROPA POR LOS INDOEUROPEOS

POR
ANTONIO TOVAR

*Conferencia pronunciada en la Uni-
versidad Nacional de Cuyo, Mendoza,
el día 30 de junio de 1949.*

Me propongo en esta conferencia (1), más que resolver cuestiones, hacer una porción de preguntas. Los especialistas pecamos en general de prudencia, y tenemos en lo nuestro mucha discreción para preguntar. Pero en casa del vecino no andamos con tantos miramientos. De tal libertad me sirvo ahora, entrando como lingüista en el palacio de la arqueología, y planteando una cuestión de dificultad desesperada casi (2).

Los grandes movimientos de las civilizaciones prehistóricas, mientras son lejanos y carecen de conexiones con pueblos conocidos ("pueblos" en un amplio sentido, mixto de racial, cultural, lingüístico; en una palabra, en sentido histórico). no nos pueden interesar desde el punto de vista lingüístico. Justamente es en los albores de la historia cuando la lingüística se convierte en una colaboradora de la prehistoria, aún más, en una guiadora en sentido ascendente. Ayuda así a convertir la prehistoria en historia; ésto se logra al menos en sus grandes líneas, aunque ignoremos las personalidades.

En este camino ascendente (2 bis) vamos a aplicar la lingüística a la prehistoria, para lograr algún conocimiento histórico en ese sentido. Cuando se buscan las fuentes de un río, es

(1) Sólo en una conferencia —o en un extenso manual— se podría abordar este gran problema. He preferido dejar estas páginas casi como fueron redactadas para su lectura en el aula magna de la Universidad de Cuyo el 30 de junio de 1949. No añado sino algunas notas y correcciones que me han parecido indispensables.

(2) Pero no tan desesperada que hayamos de renunciar a ella. En este punto creo que es preferible equivocarse a comportarse con la precaución excesiva de la moderna escuela francesa. Véase lo que de Meillet criticamos en estos ANALES VIII p. 63. Es lástima que en uno de los lingüistas jóvenes de más porvenir, M. LEJEUNE, hallamos este escepticismo excesivo, cf. *Memorial d' études latines... offert a su nouzean* p. 28.

(2 bis) El mismo camino ascendente me encuentro que ha seguido el ilustre lingüista, HANS KRAHE, al exponer en resumen la conquista indo-

mejor ir subiendo la corriente que trasladarnos hipotéticamente a una de las posibles cabeceras, que tal vez puede llevarnos por otro curso que el que buscábamos conocer.

Y ya que criticamos a los especialistas, les hemos de echar también en cara que prefieren cultivar un campo limitado, lo cual tiene sus ventajas, pero se paga con renunciar a comprender un fenómeno en conjunto.

Justamente porque eso es lo que quisiéramos lograr, tenemos que afrontar en conjunto los problemas de la invasión indoeuropea hacia las tres penínsulas meridionales de Europa. Podemos afirmar por adelantado un cierto paralelismo entre las tres, si bien —y esto habla a primera vista de un origen nada occidental— son más densas y continuas sobre el Balkán, y menores las que llegaron a la península hispánica; Italia representa un término medio. Pero la cronología de estos movimientos cabe pensar, y esto es lo que nos preocupa, que también está interrelacionada.

No creo que sea una deformación profesional afirmar que lo que hace en definitiva visibles, concretos, claros, los hechos arqueológicos es su conexión con la lingüística. Si en los tiempos pasados la diferencia entre prehistoria e historia se establecía cuando se contaba con la fuente escrita, el documento en lengua conocida, el progreso de nuestros estudios ha llegado a utilizar la propia historia de la lengua para averiguar el pasado. Es posible conocer de un modo histórico las circunstancias de un pueblo conociendo su léxico. Precisamente ha sido en las lenguas indoeuropeas donde al estudiar sus elementos lexicales comunes ha descubierto no sólo cómo debía ser la vida de los indoeuropeos en la hipotética época común, sino también que en el vocabulario de un pueblo va su vida. Ciertas palabras comunes, como los nombres del caballo, la oveja, el cobre, la nave... forman el índice de un modo de vida determinado. Pero en estos datos de la lingüística pecan de abstractos, y es preciso ver si se combinan con los de la arqueología para alcanzar una precisión mayor. Pero el intento de combi-

europea de las penínsulas helénica e itálica (*Die Indogermanisierung Griechenlands und Italiens*; Zwei Vorträge, Heidelberg, KARL WINTER — Universitätsverlag, 1949). No puedo menos de celebrar esta coincidencia.

nar lo que la lingüística indoeuropea nos enseña, con la prehistoria, es bastante reciente, y siempre sujeto a duras críticas. Los resultados, en lo fundamental aún dudosos, son mirados siempre con desconfianza por muchos lingüistas que postulan una dirección abstracta. De los trabajos de V. Hehn y de Pictet, de Hirt y S. Feist, de Kossinnay, de Schrader, y hoy de Krtschmer y F. Specht, sólo estos últimos, cuando la prehistoria de los distintos países de Europa y del Asia anterior va siendo más conocida, empiezan a combinar sólidamente las invasiones históricas que tuvieron por consecuencia la indoeuropeización de las tierras y gentes comprendidas entre el Mediterráneo y el Mar Negro, el Atlántico y el círculo polar y el río Volga y aun más allá en el Este.

Esta coordinación de lingüística y arqueología va transformando la prehistoria en historia. De una parte, la lingüística va determinando áreas, relaciones. La arqueología puede utilizar estas indicaciones para atribuir con más seguridad a un pueblo determinada cultura material y precisar también las relaciones de esta etnología, fijar una analogía, etc. El problema, tal como hoy se plantea para la identificación de los indoeuropeos con determinadas culturas prehistóricas, y muy especialmente en sus invasiones hacia el mediterráneo, sobre las tres penínsulas, balcánica, itálica e hispánica, es el que nos va a preocupar hoy, más que en el aspecto de ofrecer resultados seguros, en el de referirnos a integrantes y rozar cuestiones de método.

Seguramente que en ninguna parte como en Europa el problema de arqueología y lingüística va acercándose a soluciones ciertas. La riqueza del material arqueológico, tanto como la solidez de los métodos lingüísticos, han llevado el problema a un grado de madurez que aún no existe en otros terrenos. El tema de la coordinación de arqueología y lingüística tiene por eso una gran actualidad aquí, si se piensa también en la aplicación a América. La llegada de los indoeuropeos a las tres penínsulas europeas mediterráneas se va precisando gracias a esa coordinación de arqueología y lingüística.

I

Comencemos por la más oriental de las tres penínsulas. Tal vez no ha sido notado que es la que antes aparece invadida por indoeuropeos, lo que muy probablemente es un indicio aprovechable para ubicar la sede originaria de aquellos. Aunque también otro motivo es que sirve de paso hacia las entonces atrayentes zonas de cultura del Asia anterior.

Remontándonos, conforme al método que nos hemos propuesto, de lo más conocido a lo menos, tenemos como un hecho histórico seguro la invasión de los dorios hacia el año 1100. Todas las invasiones indoeuropeas hacia el Sur se parecen, y conforme a este principio, cabe concluir por semejanza de las invasiones albanesas y eslavas cómo fueron las de los dorios y sus precursores. Es un hecho seguro que los dorios llegaron mezclados, como prueban dos de los nombres de sus tribus, la de los Ἰλλυριοί (ilirios) y la de los Πάμφυλοι. Los dorios destruyen la cultura micénica, ya en descomposición después de los ataques aqueos a la isla de Creta habían anulado definitivamente como mantenedores de una tradición cultural —la minoica— a esta isla, que había servido de propulsora de la de los pobladores del continente, ya griegos desde varios siglos antes, y produce la cultura micénica.

Habían precedido a los dorios otros invasores, aqueo-eolios, los pobladores de Micenas y Tirinto, los héroes de la *Iliada* y del poema de los Siete contra Tebas. Su fecha de llegada está definida por la conquista de Creta hacia 1400, pero seguramente que desde antes dominaban ya en los castillos de Grecia. Son los arqueoeolios los que inician la expansión colonial helénica. Se apoderan de las costas de los Dardanelos (Troya) y llegan a Chipre en tiempos remotos, antes de poseer el alfabeto.

Más antiguos que los aqueo-eolios, pero difíciles de distinguir arqueológicamente de ellos en sus establecimientos, son los más antiguos invasores helenos de Grecia: los jonios. Los pobladores de Atica y de la isla de Eubea, los arcadios y los habitantes de ciertas regiones del Istmo y de la costa del golfo Saronico, las viejas tradiciones de la ciudad de Tebas, conservan vivo el recuerdo de su autoctonía. Son los pobladores he-

lenos, más antiguos, lo que todavía, según Aristóteles, era un especial motivo de nobleza. Los jonios, que se extendieron por todo el territorio de Grecia (3), se mezclaron íntimamente con los pobladores "prehelénicos" (entendiendo este nombre así en su verdadero sentido, más preciso que aquel en que se suele usar), evolucionaron y se gastaron más de prisa. A la vez que los aqueo-eolios inician sus navegaciones, los jonios navegan también y comienzan su colonización. La presión de los invasores aqueos los estrecha y reduce a las regiones orientales del continente griego. Conservan Atica y Eubea, se extienden por las islas y desde muy pronto se hallan ya instalados en Asia. Mileto, según la arqueología (4), se fundó en el siglo XIV o XIII a. C.

Con los jonios nos remontamos a los primeros siglos del segundo milenio, lo cual hace verosímil que en las inscripciones en letras cretenses se hallen, con probabilidad creciente cuanto más tardías sean, textos en griego, como ya ha supuesto en un caso concreto A. W. Persson (5). Si esto se confirmara, nos remontaríamos varios siglos en el conocimiento de la lengua.

Continuando curso arriba, más allá de los jonios nos hallamos con los pobladores "prehelénicos", cuya cultura está llena de influencias cretenses. Pero subrayemos aquí que mucho de lo que se suele aún llamar prehelénico no merece en justicia tal nombre, ya que no sólo los portadores de la cultura micénica, sino aún más allá, los que se servían de los tipos cerámicos llamados "minias", de difusión muy precisa, eran los aqueo-eolios y los jonios, es decir, los que llegarían a ser helenos históricos, y por cierto que ya instalados en sus sedes definitivas. Cuando hablamos, pues, de pobladores y prehelénicos nos debemos referir, no a lo que comprendía el uso antes corriente del vocablo, sino precisamente a los diferentes pobla-

(3) Espero haberlo probado en el primer capítulo de mi "Ensayo sobre la estratigrafía de los dialectos griegos", en *Emerita* XII p. 245 ss.

(4) Véase *Emerita* XII pp. 268 n. 2, 271.

(5) "Schrift und Sprache in Altgriechenland", *Uppsala Universitet Arskrift*, 1930, 3, cf. Lindquist *Bull. de la Soc. R. de Lettres de Lund*, 1930-1, 2 p. 109 ss; más bibliografía en SCHWYZER *GRIECH. Gramm.* I. p. 64. La crítica de Kretzhmer *Dotta* XXVI p. 12 o tal vez demasiado cauta.

dores del continente y de las islas del Egeo anteriores en general a la venida de los jonios, es decir, a grandes rasgos, más antiguos que el año 1800 antes de nuestra era, salvo supervivencias que quedan mucho más tarde, como ciertos territorios de Creta o la Isla de Cárpatos o el oráculo de Apolo Ptco en Beocia, que en tiempo de las guerras médicas aún daba sus oráculos en lengua caria (Herod. VIII 135). Pero las islas lingüísticas que se señalan en Grecia son mínimas, y puede afirmarse que es esta región la más completa y densamente indoeuropeizada en las tres penínsulas mediterráneas.

El problema se hace cada vez más difícil, según puede esperarse, a medida que nos remontamos en el tiempo. Si cabe pensar que de los griegos, el día que se pueda leer con alguna seguridad el alfabeto silábico de los cretenses, ganaremos documentación del segundo milenio, y por de pronto la mitología, la toponimia, la leyenda épica, nos ofrecen datos de interpretación trasparente gracias a nuestro conocimiento de la lengua, y a la acumulación de datos que nos ha trasmitido la erudición griega, de las poblaciones prehelénicas los datos tradicionales son muy confusos, y después de lo que se ha trabajado sobre nombres tales como pelasgos y léleges, lo mejor es prescindir de tales ambíguos rótulos. En cambio la etimología y la toponimia van demostrando la existencia de una invasión prehelénica, pero indoeuropea. Los trabajos de Kretschmer en primer lugar, a lo largo de más de medio siglo, y tras él el de Fick, Sommer, Brandenstein, Georgiev, han ido demostrando que los famosos nombres en —δδός y —νδός, pertenecen al acervo de lo indoeuropeo.Cuál es su articulación dentro de ello, es lo que resulta discutido. Para unos se trata de una capa indoeuropea, mientras que Kretschmer considera "proto-indoeuropeas" estas lenguas junto con el etrusco y ciertas lenguas del Egeo.

Estos restos lingüísticos indoeuropeos prehelénicos aparecen conexiónados en un amplio marco formado por Asia menor y la península balcánica, y parece que pueden sólidamente identificarse con un tipo de cultura material que aparece extendido por Asia menor y las islas del Egeo y más bien la parte oriental de la Hélade continental. Arqueológicamente coincidiría, al menos en parte de su extensión, esta cultura con la

cerámica llamada de *Urfinis*, que cronológicamente se sitúa en los últimos siglos del tercer milenio.

La fecha más alta de esta cultura, su aparición ya caracterizada en las costas griegas e islas del mar Egeo es hacia el año 2300 a. C.

Sería aislar de manera indebida el problema, tal como aquí lo planteamos, si nos limitáramos al extremo Sur de la península, la Hélade, prescindiendo de las tierras del Balkán, desde las que llegan los invasores helénicos.

En época histórica, detrás de los griegos, aparecen, con difícil delimitación estricta, al oriente de la península los tracios y al occidente los ilirios. Por otra parte, los dacios parecen relacionarse, a pesar de su situación oriental, más con los ilirios que con los tracios, mientras que por el contrario los albaneses más parecen remotos sucesores de los tracios que de los ilirios. Pero cabe esperar que el problema en los Balkanes esté complicado por el paso de invasiones que siempre será difícil aislar en sus restos, si es que los dejaron, en su marcha hacia el Bósforo y el Asia.

El hecho de la comunidad traco-frigia, perceptible bien claramente en la poesía homérica y en recuerdos históricos, está confirmado por un tipo de enterramiento, el de túmulo, que se da lo mismo en las tierras de Tracia que en los de Asia menor, y que fué difundido por una invasión no muy antigua, posiblemente contemporánea con la movilización de los pueblos del mar en el siglo XIII y XII, de la cual, al presionar sobre las zonas de cultura superior de Anatolia, debió ser causa principal (6).

Pero si los restos de las invasiones que pasaron al Asia menor no pueden ser señalados, puede asegurarse que protohetitas y hetitas debieron pasar por las tierras de los Balkanes. En época plenamente histórica recorrieron el mismo camino los gálatas, y en época también histórica se sabe muy bien de la invasión de los cimerios, que en el siglo VII, en tiempo de los poetas Arquíloco de Paros y Calino de Efeso, devastaba, llegando por el Cáucaso, las ciudades de Asia. El carácter mix-

(6) BONFANTE: *Armenian Quarterly* I. (1946) p. 85.

to (7) de los cimerios es un indicio de lo que pudieron ser las invasiones tracofrigias unos siglos antes. Muestra de este carácter mixto es que el nombre de *Príamo*, es ilirio, y se halla en inscripciones del Ilírico (8).

¿Y los tracios? ¿Habría que pensar que ya les pertenece la cerámica pintada que se extiende desde Transilvania hasta Rusia meridional ya en la edad neolítica (8 bis). Si son de lengua *satəm*, como parece, hay que juzgar por el nombre del legendario Reso, que debe llevar un nombre de significado correspondiente al *rājan* indo, *rēx* latino, *rix* celta, acaso puedan enlazarse muy bien con esa cerámica afín a la de bandas. Y si los protohetitas, cuyas inscripciones jeroglíficas van siendo descifradas como indoeuropeas, tuvieron una lengua *satəm* también, como lo ha señalado Bonfante (9), podrían proceder más directamente de esas culturas arqueológicas. En Tesalia aparece ya por los tiempos del 2400 en Dimini una cultura caracterizada por casa de planta cuadrada y cerámica decorada en tipos "de torsión" que presenta alguna relación, según parece (9 bis), con el Danubio.

II

El problema de las invasiones indoeuropeas en Italia presenta aspectos muy difíciles, aunque viene a ser, en complicación, como en cronología, un término medio entre la mayor que hemos hallado en los Balkanes y la relativamente más simple que se va descubriendo en Hispania.

Remontándonos en antigüedad también aquí en orden inverso, tenemos como invasión más reciente la de los galos, llegados hacia el siglo V - IV, y que pertenecen a una misma oleada que otros invasores que nos son conocidos históricamente

(7) BORGEAUD: *Les Illyriens en Grèce et en Italie*. p. 66.

(8) BORGEAUD: *op. cit.* 18.

(8 bis) ERBERT: *Reallexikon der Vorgeschichte*, art: "Tripoljekultur".

(9) BONFANTE: *Journal of the American Oriental Society* LXV (1945). p. 169 ss. y LXVI (1946) p. 264 s.

(9 bis) Duda da esta relación O. MENGHIN *Anales de Filol clásica* IV. p. 168; cf. sin embargo Fr. Matz *Das neue Bild der Antike* I. p. 18.

en los Balkanes y Asia menor bajo el nombre de Gálatas. Los galos, procedentes de las mesetas del Norte de los Alpes, penetran en Italia, hacen correrías, toman, como es sabido Roma en el año 387/65 a. C., y se establecen en todo el valle del Po, hasta la Romana inclusive. Pero los galos de Italia no llegaron a unificar lingüísticamente el Norte de Italia. El cuadro que presentan las inscripciones ofrece, al lado de algunas en lengua céltica, otras que no pueden reducirse a esta lengua. Las más importantes y caracterizadas son las llamadas, por la región donde se han hallado, inscripciones "lepónicas", cuyos elementos lingüísticos parece que deben relacionarse estrechamente con la capa indoeuropea que define a los ligures históricos como indoeuropeos.

Los datos arqueológicos no son claros del todo, pero se puede afirmar que en la alta Italia se estableció una convivencia de elementos muy varios. Celtas en primer lugar. Ligures preindoeuropeos en segundo. Etruscos, que perdieron terreno ante los celtas, después. Se ha señalado también un resto de las invasiones latinas, atestiguando en los pasos del Val Camonica (junto a la Valtelina) en unas breves y primitivas inscripciones que acusan según parece formas latino-faliscas (10). Pero además, las inscripciones lepónicas y la capa indoeuropea que caracteriza a los ligures históricos nos remiten a un estrato que es de gran difusión por otros amplios espacios.

El problema de la llegada de latinos y osco-umbros a Italia presenta las mayores dificultades en su coordinación con los datos arqueológicos. Los lingüistas prefieren por lo general prescindir del problema. Son algunos indicios los que a temperamentos algo más audaces les han permitido hacer al-

(10) F. ALTHEIM y E. TRAUTMANN: *Von Ursprung der Runen* Frankfurt am main 1939, F. ALTHEIM: *Italien und Rom* I. 1941, III. 1943. Acepta los resultados de Altheim, aunque sin resolverse entre latino-falisco y oscumbro para la atribución de las inscripciones de Val Camonica, Hans Krahe op. cit. p. 50-52. Sobre el papel de los ilirios como mediadores de relaciones entre el remoto mundo de Eurasia nórdica y nord-oriental y los indoeuropeos, con los preescitas de Gallus como enlace, v. FERDINANDY en estos mismos Anales IX p. 241 ss.

gunas hipótesis. Un hecho lingüístico como el de que en lat. *pont* signifique "puente", "calzada", mientras que en las otras lenguas indoeuropeas en que existe vale "camino"; y *pagus* aluda a "tierra firme", por oposición sin duda a terreno laguno; y *portus* y *porta* estén relacionados, podría probar que el lat. hubiera atravesado una etapa decisiva de su historia como lengua de una población palafítica (11), y cabría entonces ver una etapa de los latinos en su camino hacia el Sur en la cultura palafítica de Suiza y países limítrofes en plena edad del bronce.

Con menos fundamento quizá se ha intentado hacer valer que los poblados de la cultura de las *terramare* (de la época del bronce también) recuerden la distribución del campamento romano.

Pero en realidad, tanto los palafitos como las *terramare*, pertenecen a épocas demasiado antiguas para relacionarlas con posibles invasiones indoeuropeas en la península central de las tres de Europa asomadas al mediterráneo. Sólo si nos atrevemos a suponer una antigüedad muy grande para la invasión de los latinos —a lo cual parece autorizarnos una consideración de conjunto—, y cabría considerar, mientras llega una confirmación por parte de los arqueólogos, la vinculación entre latinos y palafíticos.

En conjunto, la llegada de los indoeuropeos a Italia cabe imaginarla en forma lenta y progresiva. Pero cabría concentrar en cuatro momentos de mayor intensidad la llegada de indoeuropeos a Italia, los cuales ordenados del más moderno al más antiguo son:

1º — El aludido de los celtas, en el siglo V.

2º — El de los itálicos en sentido estricto, es decir, oscumbros. Son gente que incinera, que usa armas de hierro y lleva consigo elementos ilíricos; su fecha de llegada podría ser en los primeros siglos del primer milenio.

3º — El de los latinos, llegados antes, y que fueron por de pronto oprimidos y desplazados por la invasión itálica, y también por la expansión de los etruscos, como prueba una

(11) BONFANTE: *Atti dell' Istituto Veneto* 97 (1938) p. 53-70.

isla lingüística, Falerii, con dialecto afin al latino pero en territorio etrusco.

4º — Los protolatinos (o más precisamente ausonio-ópicos) y sículos, que cabe distinguir de la de los latinos; lingüísticamente están estrechamente emparentados, como lo prueban nombres sículos como el nombre del *Etna* (Αἴτνα, que hay que comparar con el lat. *aedes* y el verbo gr. αἰθω,) el de *λίτρα* por *libra*, *μοῖτον* por *mutuum*, γέδαν por *gelu* (11 bis).

Aparte de estos grupos tenemos los indoeuropeos "ligures" en el valle del Po, a los que hemos aludido más arriba. Y los vénetos e ilirios, de los que nos ocuparemos fuera del orden cronológico.

Todas estas invasiones representan desde el punto de vista arqueológico problemas no resueltos. Antes de pasar a ellos, es preciso dar como lingüísticamente liquidada la hipótesis de un período común "itálico" en que el latín y los dialectos osco-umbros vivieron en alguna parte sin diferenciar aún; tal hipótesis, como también la ya hoy unánimemente rechazada de la unidad italo-céltica, no es sino una supervivencia de la vieja teoría del "árbol genealógico" de Schleicher. Pero lo mismo que ha sido arrinconada la tesis de la unidad italo-céltica, hay que abandonar, conforme han probado los lingüistas italianos, la unidad dialectal latino-osco-umbra. Hoy se va imponiendo que el latín de una parte y el osco-umbro de otra, forman dos grupos indoeuropeos tan independientes como cualquier otro vecino. Hechos de ambiente, influencias culturales, sustrato en gran parte común, semejantes influjos griegos y etruscos, etc., vienen a aproximar continuamente ambos grupos, hasta la completa absorción del osco-umbro por el latín, no sin que ciertos rasgos de origen osco-umbro vengán a matizar los dialectos románticos de Italia.

Si el umbro es una lengua de difusión problemática, que sólo por azar ha llegado a nosotros en un documento de naturaleza excepcional, como son las tablas iguvinas, el osco

(11 bis) ALFONSINA BRAUN: "Stratificazione dei linguaggi indoeuropei nell' Italia antica", en *Atti dell' Istituto Veneto* 93 (1934) p. 989 ss.; la sigue G. DEVOTO en su *Storia della lingua di Roma*.

constituyó un elemento de primer orden en la vida de la Italia antigua, con una cierta categoría literaria y con una significación muy grande, como "sabino", en coexistencia con el latín de la misma Roma desde el inicio mismo de la urbe.

Rasgos del osco-umbro frente al latín son: contactos con otros dialectos, como el germánico y el baltoeslavo, en puntos tan fundamentales como la confusión de *a* y *o*; síncopa fuerte —a diferencia del fenómeno latino de la metafonía— y caída de vocales finales de un modo que recuerda al germánico y celta. Por su parte el umbro precede a todas las lenguas neolatinas en la palatización o asibilación de las velares.

Pero naturalmente, el ambiente común —en el sentido en que consideran el término *Gebiet* ciertos lingüistas modernos como Ernst Lewy (12)— acerca muchísimo las lenguas itálicas al latín, en hechos cada vez más importantes, y en dos superposiciones, primero de los oscos sobre el latín o protolatín, después y definitivamente del latín sobre los territorios oscos.

Por varias razones cabe pensar que los latinos llegaron a sus sedes históricas hacia el fin del segundo milenio a. C. Con algo de retardo tal vez, vienen a emigrar paralelamente a los aqueo-eolios, mientras que a los osco-umbros corresponderían los dorios. Ocupan no solamente el Lacio, sino también los territorios del Sur de Italia, hasta servir de enlace con los Sículos, afines a ellos, de forma que hasta un cierto punto se puede hablar de que existió una cierta unidad lingüística desde el Tíber hasta el Faro de Messina. Algunos nombres de lugar en territorios que fueron luego samnitas, es decir, oscos, acusan una lengua que enlaza el latín con el sículo: *Liternum* o *Λιτέρνον* luego *Loufernum*, en Campania; de la misma manera se sabía que la localidad de *Allifae* en Samnio se había llamado antes *Alliba*; ambas formas primitivas prueban que antes de los oscos hubo una población que hablaba una lengua en la que las aspiradas aparecían de modo semejante al latín y al sículo.

(12) *Der Bau der europäischen Sprachen* en *Proceedings of the R. Irish Academy* XLVIII C 2, 1942. Véase también la nueva revista *Lewis* I. p. 169 ss.

El camino de los latinos es muy difícil de rastrear al Norte de Roma. La invasión osco-umbra y demás movimientos de pueblos en la alta Italia borra sus huellas. Los nombres que como ejemplo hemos dado proceden de Italia del Sur y han llegado a nosotros gracias a que nuestra documentación es más copiosa con referencia a las tierras donde la cultura griega llevó más pronto la luz de la historia. Esa remota difusión de los protolatinos en el Sur de Italia, hasta enlazar con los siglos, facilitó sin duda la ulterior expansión de Roma, y he aquí cómo un hecho prehistórico nos explica otro ya plenamente histórico.

No nos hemos atrevido a coordinar con la precedente lista de invasiones otro elemento indoeuropeo que aparece también en Italia y que se relaciona con los invasores de la opuesta orilla del Adriático. Se trata de una serie de pueblos aislados, estacionados en la vertiente oriental de los Apeninos. De ellos los más claros y conocidos son los llamados mesapios, en la península de Otranto. Se ha dado su nombre a una lengua iliria y de sus inscripciones la ciencia ha podido deducir algunas características importantes ⁽¹³⁾. Son gentes que provienen, en mayor escala, pero como las colonias albanesas que existen en regiones meridionales de Italia, de desembarcos de gentes balcánicas en el Sur, en la Apulia ⁽¹⁴⁾. Su influencia se extiende hacia el Norte, hasta llegar a la Umbría.

En el Piceno se señala un grupo aislado, la llamada cultura del Piceno, con una civilización muy especial. Parece que aunque con algunos elementos ilirios, se continúa allí una vieja cultura indígena, de acusados rasgos desde el neolítico ⁽¹⁵⁾.

(13) E. VETTER: en RE Suppl. VI vol. 304-15. Sobre los ilirios en el sur de Italia (no sólo Apulia, sino Lucania, Bruttium y Calabria), v. HANS KRAHE (*Zeitschrift für Ortsnamenforschung* V (1929) p. 3-25 y 139-66; VII (1931) p. 9-33; XIII (1937) p. 20-31; XV (1939) p. 72-85 y 110-40; XVII (1941) p. 127-50; XIX (1943) p. 58-72 y 127-41.

(14) C. BATTISTI: *Alle fonti del latino* pp. 85 y 128, Kretschmer *Glotta* XXX p. 106 ss.

(15) WHATMOUGH: *The foundations of Roman Italy*, Londres 1927. p. 257. Véase también una importante indicación sobre sus conexiones danubianas en FERDINANDY, *Anales* IX p. 243.

Al extremo Nordeste hallamos a los vénetos. Eran considerados como ilirios hasta que Kretschmer recientemente los ha distinguido con precisión (16). Son gentes que se extienden desde el Adriático hasta el mar Báltico. Su lengua debió ser más occidental que la de los ilirios, más afín al latín y al germánico. Podría pensarse que proceden de una población cuyas huellas arqueológicas ha señalado Pía Laviosa-Zambotti como irradiando desde Eslovenia (17). Pero más bien son gentes de la cultura de Lusacia.

El aislamiento en el Sur de los mesapios y iápiges prueba que son anteriores a la llegada de los pobladores itálicos en el amplio sentido de la palabra. Si bien también cabe preguntar si no desembarcaron en regiones extremas adonde la oleada de los cscos no había llegado.

Sobre los sículos hay problemas muy difíciles. En primer lugar, que su lengua indoeuropea esté en abierta oposición con el hecho arqueológico de que nada señale importaciones desde el continente a la isla; más bien al contrario, la cultura material de la isla avanza desde el faro de Messina hacia el Norte y Sur de Calabria.

III

El problema en la península hispánica empieza apenas ahora a plantearse con exactitud, y no por falta de actividad o de acierto de los prehistoriadores, sino porque el trabajo lingüístico había tomado una falsa vía e iba muy retrasado. La utilización por los prehistoriadores de los datos de la lingüística no hará sino perfeccionar y precisar el cuadro etnológico de la antigua Hispania.

Tomando aquí también el orden cronológico al revés, para ir remontándonos de lo conocido a lo desconocido, tenemos que en la época inicial de la conquista romana aparece un núcleo de pueblos de origen europeo que sólidamente instalados en la Celtiberia, es decir en la divisoria de las cuencas del Ebro y del Duero y el Tajo, se extienden en dos direccio-

(16) KRETSCHMER: *Glotta* XXX (1943) p. 139-35.

(17) KRETSCHMER: *ibid.* p. 149 s.

nes. Celtíberos, Berones, Vacceos, Arevacos presentan rasgos arqueológicos semejantes. Pequeños grupos de estas gentes deben ser los que como príncipes y aristocracia guerrera movilizan en un momento decisivo a los Ilérgetes del valle medio del Ebro contra cartagineses y romanos.

Lingüísticamente comenzamos a saber algo de ellos, y se trata de celtas goidélicos. Antes de la llegada de los romanos, los hallamos en posesión de bienes culturales recibidos de los iberos de la costa mediterránea. Gracias a que escriben en letras ibéricas algunos de sus textos, se nos presentan éstos con fidelidad e independencia de la absorbente grafía latina, que atenúa por ejemplo los rasgos de las inscripciones célticas de Francia.

De la misma manera que en los Balkanes hay unos prehelenos indoeuropeos, que invadieron Grecia antes que los griegos, en la península hispánica hay unos preceltas anteriores a los celtas. En el descubrimiento de esta realidad han sido los lingüistas los que han precedido a los arqueólogos. Un filólogo de formación clásica, A. Schulten, un arqueólogo de orientación independiente, M. Gómez-Moreno, prepararon el terreno. Pokorny en su gran estudio sobre los ilirios, y Menéndez Pidal fundándose en algunas observaciones felices sobre la toponimia, llegaron a la conclusión de que había que admitir, en épocas bastante remotas, unos invasores preceltas. Son indoeuropeos, como se ve claramente por la onomástica y la toponimia. Los arqueólogos, en general, se resisten a admitir tal invasión, que se remonta a la edad de bronce.

Mas a la luz de esta idea, y considerando que los invasores que la lingüística define como preceltas son arrinconados por la invasión de los celtas hacia los bordes de la meseta del Duero, Galicia y la mitad norte de Portugal, de modo no semejante por cierto a como ligures, lepónticos, eugáneos, vénetos, lo son por otros celtas en el valle del Po, se puede afirmar que cántabros, astures, galaicos y lusitanos, vettones, pelendones y carpetanos son las poblaciones preceltas. Les caracteriza algún rasgo lingüístico bien visible, por ejemplo, la conservación de la *P* inicial. Una palabra hispánica como *paramo*, atestiguado ya en la época romana y claramente indoeuropea, como se ve comparando con el sánscr. *paramá* sería

imposible en celta, donde la *P* cae. Creemos que los arqueólogos no podrán resistir más a la evidencia y que admitirán esta exigencia de la lingüística. Uno de los progresos más decisivos para la prehistoria de la península hispánica será la coordinación de los postulados lingüísticos con los materiales arqueológicos.

Leyendo los trabajos de Bosch Gimpera, el reconocido especialista, sobre las oleadas célticas (18), uno se convence de que teniendo razón este autor en la idea de las invasiones repetidas, de las oleadas sucesivas, los criterios para determinarlas son todavía imperfectos. Asempbra ver que en este punto Bosch Gimpera, que maneja de modo excelente el material arqueológico, acuda a criterios... lingüísticos ciertamente no muy seguros. Pero el hecho merece ser señalado aquí porque constituye un ejemplo excepcional de esa relación entre lingüística y arqueología que se nos aparece como tan necesaria, tan fecunda, y a la vez tan difícil.

Un ejemplo de esta coordinación es la coincidencia de la aparición de cerámica excisa en Hispania con la distribución de los rasgos lingüísticos preceltas, tal como he indicado en estos *Anales* VIII, p. 86 s. La difusión de las largas espadas de bronce de tipo europeo o "atlántico" coincide con la de gentes indoeuropeas en el momento de la decadencia del bronce indígena de tipo argárico.

La clave de las invasiones indoeuropeas en nuestra península está naturalmente en Francia, ya que es a través del territorio francés como hay que imaginar que llegaron para atravesar los Pirineos.

IV

El cuadro de las culturas prehistóricas de Galia en el momento que nos interesa no es realmente claro todavía. No se ven sus conexiones con seguridad. En el eneolítico la cultura megalítica del Sudeste parece obedecer a influencias desde España, donde el Argar representó un impulso extraordina-

(18) *Two Celtic Waves in Spain in Proceedings of the British Academy*, 1942; *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México 1944.

rio en Occidente. Se repite el influjo desde el Sur con la presencia de la cultura del vaso campaniforme, ya en la primera edad de bronce.

Estas influencias hispánicas, con la poderosa cultura que el vaso campaniforme representa, y para la que Menghin defiende un origen asiánico, son índice de cómo pudo ser contenido el empuje de las culturas indoeuropeas hacia el Oeste. Cuando las primeras invasiones indoeuropeas se ponen en camino hacia el Este, el progreso cultural y material permite al occidente resistir victoriosamente. Hacia el año 2000 -1800 la cultura del vaso campaniforme se extiende a partir del valle del Guadalquivir hasta las islas británicas, Holanda, Dinamarca, Alemania central y Bohemia, regiones de Italia y aun en el extremo occidente de los Balkanes. Sólo cuando cede el empuje de las gentes del vaso campaniforme, los indoeuropeos rompen el dique que hasta entonces no sólo los había contenido sino que había influido sobre ellos, y comienzan a derramarse sobre Francia y la península hispánica.

Es posible que la primera penetración de indoeuropeos fuera portada o preparada por la expansión de la cultura suiza y norteitaliana de los palafitícolas y *Hockergräber*. Pero muy arriesgado sería decir cuál era la lengua de aquellas gentes ni lo que equivaldría en ella a lo que llamamos un nombre "étnico" o nacional.

La discriminación de capas arqueológicas en Galia mediante criterios lingüísticos habría de establecerse con arreglo a ciertos postulados metódicos. Partiendo del hecho de que hoy monumentos lingüísticos galos que no pueden reducirse al tipo corriente que puede suponerse para el celta de Francia en cuanto este muestra caracteres britónicos en la representación de las labiovelares, surge la tentación de relacionar tales textos —en primer lugar el calendario de Colligny— con dialectos indoeuropeos de España que representan del mismo modo las labiovelares. Pero no hay que excluir que el problema haya de ser tratado con criterio semejante al de las relaciones italo-célticas. Famosa es la tesis de A. Walde (19), quien ha-

(19) A. WALDE *Ueber älteste sprachliche Beziehungen zwischen Kelten und Italikern*, discurso rectoral, Innsbruck, 1917.

sándose precisamente en esta cuestión del tratamiento de las labiovelares indoeuropeas, llegó a emparentar a partir de los tiempos de la supuesta unidad italo-céltica el latín especialmente con el goidélico, y el osco-umbro con el britónico y galo. Un estudio más detenido de la cuestión vino a aclarar que estas coincidencias latino-goidélicas y britónico-oscoumbros no probaban nada sobre real comunidad en el desarrollo, ya que son evoluciones que pueden obedecer a desarrollos independientes. Nótese que una lengua latina moderna, el rumano, ha pasado de un tipo a otro, posiblemente bajo influencia del sustrato, y ha convertido el lat. *aqua* en *apa*, *quattuor* en *patru* (20).

Por otra parte las lenguas indoeuropeas de Hispania, que ya hemos indicado cómo no pueden referirse a una sola invasión, todas tratan las labiovelares dentro del tipo *quis* (21). En Galia la presencia de un tipo *pis* es indudable, y en los testimonios conocidos predomina sobre el otro.

Siendo en Galia más moderno el tipo *pis*, y faltando ese en España, la invasión gala no llegó a la península, que así queda excluida de la última invasión indoeuropea que estudiamos.

Con la salvedad antes indicada, de no dar sin más como conjunto lo que puede ser resultado de desarrollos independientes, las estratificaciones de invasiones en Hispania sirven de criterio para los demás países de Occidente. Se trata en el caso de Francia de determinar las dos invasiones fundamentales —precelta y celta— que en Hispania empezamos a distinguir con claridad.

La idea de dos invasiones sucesivas en Galia no es nueva. Los autores franceses del siglo pasado ya distinguieron entre ligures y galos. Esta tesis de D'Arbois de Jubainville

(20) BONFANTE *Rivista Indo-greco-italica* XIX (1935) p. 12 de la tirada aparte de su artículo.

(21) Algunas observaciones sobre el tema he expuesto en una breve comunicación enviada al III Congreso Internacional de Toponimia, Brusela 1949. Reconozco la razón que en la crítica que me hace Ch. R. Sleeth *Word* III (1947) p. 141 s. puede existir cuando duda del goidelismo de los celtas hispánicos, pues la coincidencia no es en una innovación, sino en un hecho de conservación, es decir que se trata de una coincidencia negativa, que nada indica de comunidad posterior a la originaria.

y de Camille Jullian, tomó ya en nuestro siglo la forma de una contraposición entre "celticans" y galos en los escritos de Sir John Rhys en que este intentó una ordenación del material epigráfico indígena en Francia. Trabajos más recientes, como el muy conocido de Dottin, prescindían de esta diferenciación, lo cual es un retroceso, sin género de duda (21 bis). Los arqueólogos por su parte no han pensado en servirse de este criterio para distinguir capas diferentes, y posiblemente la ya tradicional división de la arqueología céltica en los dos períodos de Hallstatt y La Tène dificulta que se divida etnológicamente a fondo el llamado período de Hallstatt, lo que parece una necesidad a partir del punto de vista lingüístico, ya que en el Hallstatt hispánico se acusan unos celtas goidélicos y, más antiguo, un pueblo precelta, también de *quis*. Para mí hay en la comparación de la arqueología española de la edad del hierro con la de los otros países del occidente y centro de Europa, un hecho clarísimo que nos lleva a distinguir las dos invasiones que como mínimo se postulan para Hispania dentro de la Edad de Hallstatt. Y es el de que la evolución tipológica de la península hispánica queda desconectada de la de Francia, Gran Bretaña y demás países célticos del continente, porque no llegan a ella las muestras de La Tène (22). Justamente este hecho coincide con un dato lingüístico de la mayor importancia sobre el que hemos de insistir: mientras que en Galia, Britania, la Italia del Norte, se dan formas *pis*, en Hispania dominan las en *quis* puede decirse que en absoluto.

La contemplación de un mapa de Francia en que aparecieran situados los hallazgos prehistóricos de las edades del bronce y del hierro sería muy instructiva para nuestros fines. Más densos en las orillas del Rhin, se dirigen en sentido transversal hacia los Pirineos, mientras van cubriendo el centro del

(21 bis) WHATMOUGH: en su KEATIKA (*Harvard Studies in Philology* L) ha planteado de nuevo la cuestión como prólogo a la edición que prepara de las inscripciones de Galia en lenguas indígenas. Esperamos con impaciencia este estudio.

(22) Repito aquí lo que expuse brevemente en estos mismos Anales VIII, p. 92.

territorio francés: el valle alto del Sena, el alto Ródano y el valle del Saona, a mitad superior del curso del Loire.

Según nos remontamos en el tiempo, hallamos, en la época de Hallstatt puñales de antenas en el valle del Garona hasta los Pirineos mismos —y desde luego habrá que suponer que pasaron. Espadas de bronce largas de la primera época del Hallstatt se señalan en una especie de corredor que sigue el valle del Ródano y llega por el Oeste al Loira, al Garona, al Sena. Espadas de Hierro típicas del Hallstatt se hallan en estos mismos territorios del alto Sena, del Mosela, el alto Loire. Parece que, al menos en los mapas que he podido ver ⁽²³⁾, no se acercan a los Pirineos.

En época anterior, los campos de urnas que Bosch Gimpera ha señalado en España, especialmente en Cataluña y Aragón, se señalan en el alto Mosela, el Jura, el Saona, el Loira, siempre en el mismo camino hacia el Suroeste.

Bastante semejante es la difusión de la cerámica excisa, que los arqueólogos consideraban más antigua, correlativa de las tumbas de túmulo, que forman una densa red en Francia en los departamentos orientales al Norte de Lyon.

Problema difícil es el de determinar la posible pertenencia de estos pueblos, cuya cultura material nos es conocida, a un nombre determinado de entre los conocidos por la tradición histórica. ¿Son los portadores de los *Urnenfelder* ilirios, como se había afirmado? ¿Son más bien vénetos? Difícil es atribuirles un nombre. Su difusión podría hacerlos aparecer como el elemento indoeuropeo que hace de dirigente de los ligures. O bien, ¿son ligures los que dejaron la cultura de los túmulos? ¿Habría que llamarlos preilirios? ¿Ambrones, como propone Menéndez Pidal y acepta Borgeaud ⁽²⁴⁾?

En la confluencia de la cultura palafítica con la de los túmulos se establece una comunidad que explicaría los rasgos de lo que algunos lingüistas llaman *ligur*, extendido por la Francia del Sur, la Italia del Noroeste y en general la Hispania Noroccidental. ¿Y a qué corresponde el elemento étnico caracte-

(23) En el *Reallexikon der Vorgeschichte* art. "Frankreich".

(24) *Les Illyriens* p. 16.

rizado por los campos de urnas? ¿Se funde con los enterradores en túmulos y es este pueblo mixto el que avanza hacia el Sur y los Pirineos? He aquí problemas no resueltos y en los que sólo la coordinación de la lingüística con la arqueología promete algo sólido.

Como resultado de estas invasiones, el cuadro que ofrece Gália cuando tenemos ya noticias históricas no parece ser muy desemejante al de la Hispania Noroccidental o al de la Italia del Norte. En las zonas montañosas del Sureste predominan los elementos preceltas, que aquí sí deben merecer el nombre de ligures. Pero los celtas llegaban hasta el Sur de la Gália ya muy pronto. Cuando las inscripciones de Aquitania nos ofrecen las más antiguas palabras vascas de que hay noticia (*Nescato, Ilurberrixo, Andere*, etc.), al lado tenemos otras claramente celtas. Indoeuropeo es el nombre de los Vascones, tal como aparece en una moneda en caracteres ibéricos (*barscunes, bascunes*) (25).

A la lengua gala han de ser referidas con seguridad inscripciones como la de Alise-la-Reine y la de Nimes. Pero la discriminación de las galas y las pregalas es muy difícil, y más aún si como los hechos de la península hispánica postulan en las pregalas hay que distinguir unas célticas de lengua *quis*, y otras precélticas. En las regiones del Sudeste los restos precélticos han sido agrupados bajo el rótulo de "ligures". En el Sur y Suroeste de Francia, la expansión del ibérico es cosa perfectamente limitada, tardía y, podríamos decir, histórica. El hallazgo reciente de grafitos en caracteres ibéricos en Ensérune, como antes la zona de monedas ibéricas al Norte de los Pirineos, delimitan lo que debe llamarse influencia ibérica. El problema del iberismo de los aquitanos por una parte, como el de posibles coincidencias toponímicas pregalas de territorio francés con español, debe ser colocado bajo otro rótulo que el por demás ambiguo de "ibérico".

La cronología de las invasiones indoeuropeas en Francia no está, que sepamos, muy bien fijada. La de los galos se

(25) Mantengo mi tesis, a pesar de la objeción de una autoridad tan respetable como O. Menghin *Runa* I. p. 168.

suele atribuir al siglo VI - V; celtas goidélicos llegarían, a juzgar por las fechas que se señalan en la península hispánica, en los siglos VII - VIII. Habría que remontarse hacia el año 1000 para, juzgando siempre por las fechas de España, admitir una invasión indoeuropea precéltica. La denominación de "bronce atlántico" que algún arqueólogo (26) ha propuesto para lo que es el material de aquella oleada sirve muy bien para dejar abierta la posibilidad de que esta utilizara la vía marítima.

V

Intentemos ahora remontarnos desde las invasiones señaladas en las tres penínsulas del Mediterráneo y en Galia, y acudamos a las zonas más centrales. Si en estas cabe esperar que se hallará el centro de difusión, el hecho de que ese centro esté en territorio culturalmente más retrasado donde no llega la luz de la historia y nos faltan textos escritos y referencias en los escritores antiguos, nos remite exclusivamente a la arqueología para resolver el problema. El de coordinar los datos de la cultura material con nombres de pueblos y atribuciones a lenguas, aparece aquí en toda su dificultad. La toponimia viene a situarse en primer lugar entre los elementos que pueden guiarnos.

Inmediatamente detrás de los Balkanes, y en íntima conexión con ellos tenemos los espacios danubianos. Estos a su vez constituyen como el desagüe de un vasto complejo que abarca no sólo las regiones del corazón de Europa: Bohemia y la Alemania meridional, sino la misma Europa occidental.

Por otra parte, históricamente el Danubio está abierto al Asia, y asiática es la cultura de la cerámica de bandas, que llega en sus oleadas extremas hasta Renania y los Países Bajos, y se conecta con la cerámica pintada del Sur de Rusia.

Por otra parte, hacia la misma época, comienza a señalarse en las tierras danubianas una nueva corriente, la de los portadores de la *Schnurkeramik* o cerámica de cuerdas, gentes

(26) J. MARTÍNEZ SANTAOLALLA: *Esquema paleontológico de la Península Ibérica* 2da. edición, Madrid, 1946.

que proceden del Norte, del valle del Saal, y que saben ya fundir el cobre. Del Ural a los osgos, del Báltico a los Alpes ilíricos, se difunden estas gentes con un modo de vida guerrero. Asimilan las culturas de su borde occidental: las de la línea del Rhin, las poblaciones palafíticas de Suiza y Austria, y se establece una gran unidad cultural.

En este mundo tenemos que empezar a hablar de indoeuropeos. La tesis que iba siendo admitida es que en la cerámica de bandas teníamos el testimonio de la difusión de los indoeuropeos orientales o *satəm*, mientras que en la de cuerdas se presentaba la cultura correspondiente a los occidentales o *centum*. Pero lo que ocurre es que se ha dado demasiada importancia a esta división dialectal. La prestigiosa tradición de antigüedad del indio ha impedido ver claro en esta cuestión, pues las lenguas *satəm* no muestran sino un rasgo que es consecuencia de una evolución. Las lenguas románicas han pasado en una cierta medida a ser lenguas *satəm*, y ¿tendrían por ello más que ver con el ario o el eslavo que con el latín? El descubrimiento de tocarlo confirma este punto de vista, pues al constituir lo que se llama áreas laterales con las lenguas occidentales, establece la antigüedad de las formas con velar.

Cuando se piensa en semejante distribución según ha sido aplicada a esas dos culturas arqueológicas, se percibe cuán arriesgado es, cuando no hay al menos datos seguros toponímicos ni onomásticos, intentar la conexión de los puros datos arqueológicos con las deducciones abstractas de la lingüística que llegan a precisar, en el sentido al principio indicado, la "patria de los indoeuropeos" (27). Por otra parte, el problema de identificar una lengua con un pueblo en aquellos tiempos remotos, muy anteriores a la escritura y a lo que alcanzan las noticias de geógrafos e historiadores griegos, es difícilmente soluble.

Los pueblos hablantes de las lenguas indoeuropeas ganan sus perfiles sólo cuando se acercan a la luz de la historia.

(27) Véase como lo más reciente sobre este tema F. SPECHT: *Zeitschrift für Vergleichende Sprachforschung* LXII p. 106 ss y LXVI (1939) p. 1 ss. idem *Die Ursprung der idg. Deklination* p. 5.



Difícil y sumamente hipotético es intentar ver en cada uno de los núcleos que se van señalando en Europa central y oriental diferentes pueblos indoeuropeos. El gran espacio dominado por los *Schnurkeramiker* va recibiendo aportaciones de todas partes. Ya en la Edad de Bronce, el círculo cultural de Aunjetitz surge como una síntesis de elementos de *Schnurkeramiker* nórdicos y gentes de la cultura del vaso campaniforme. Más al Este tenemos la civilización de Lusacia, en la que iba siendo general ver el centro de difusión de los ilirios, idea hoy en grave crisis. En la costa Norte de Alemania se señala la cultura megalítica nórdica, que para muchos representa el testimonio de los antepasados de los germanos históricos.

Mas en conjunto la distribución de estos focos entre los pueblos que más tarde aparecen como indoeuropeos es siempre problemática.

La cultura de los túmulos, o sea la de Lusacia que acabamos de citar, precede y luego a veces se relaciona íntimamente con otra que surge más al Oeste: la de los campos de urnas, que hemos hallado en Francia y en España. Por el Este llega también hasta Macedonia. Coincidencias de nombres personales y topónimos entre Hispania y la Península Balkánica (inclusive la Hélade, lo que nos lleva a un momento anterior a las invasiones helénicas para la llegada allá de tales nombres) han de ser referidos a invasiones de semejante difusión. Explicar como ilirias estas coincidencias ⁽²⁸⁾ parece desacreditado definitivamente. Creo que lo mejor es dejar aparte la cuestión del nombre concreto de la invasión a que puedan referirse tales coincidencias, a veces extendidas a las tres penínsulas mediterráneas ⁽²⁹⁾, a veces abarcando territorios más

(28) La tesis del "Panilirismo" ha entrado en crisis a partir del gran trabajo de Kretschmer en el vol. XXX de *Glotta*. El Prof. Menghin revisa la cuestión en un extenso artículo que aparecerá en los *Anales de Filología Clásica* IV., de Buenos Aires.

(29) Citaré al azar y por vía de ejemplo algunas de estas coincidencias: *Caristios* en la actual Guipuzcoa y *Carystos* en Eubea y en Liguria; *Pallantia*, *Palentia* (cf. *Palanza* en el lago Mayor), *Sagunto*, *Numancia*, *Termantia* (esta última con las formas *Termes*, *Termeste*, *Termessos*) tienen el sufijo —*nt*—, que se halla como es sabido en toda Italia y Grecia; *Paramon* nombre de hombre en Ilírico y *páramo* en ins-

al Este, como los restos de la lengua de los filisteos o el protohitita o hitita jeroglífico (30). Estas coincidencias obedecen a invasiones por cierto no sincrónicas, ya que en el Oeste sólo penetraron los indoeuropeos cuando a partir de la decadencia del vaso campaniforme se derrumbó la barrera por éstos opuesta antes.

Cabe por consiguiente, como solución de estas coincidencias, pensar en un momento de relativa indiferenciación de las lenguas europeas, mantenido durante cierto tiempo en los lugares comunicados entre sí, como más próximos a la patria primitiva. Son las lenguas que se van alejando más las que se diferencian marcadamente: por orden cronológico en su separación, el hitita, el ario, el griego, tal vez el tocario... En cambio las lenguas que se esparcieron antes de la diferenciación, como el protohitita, el prehelénico indoeuropeo, el sículo y protolatín, así como también las que irradiaron en un círculo geográficamente más reducido, tales el precelta de España y Galia, el ligur, el ilirio en sentido estricto, el véneto, se diferenciaron menos. Hubo un momento inicial de estabilidad, y este duró más en las lenguas centrales y occidentales que en las periféricas y en las que entraron en el mundo culturalmente más adelantados del Este.

VI

Considerado así el problema en conjunto, surge el deseo de buscar la correlación entre las invasiones que con ritmo distinto se señalan en las tres penínsulas mediterráneas de Europa. No debe sorprendernos ni que un mismo pueblo pueda

cripciones romanas de León; como el *Salo* (*Jalón*) aragonés hay otro río Σάλων en Dalmacia, el *Sala* (*Saale*) en Alemania y el *Halys* en Asia menor; *Sarnos* ríos en Lucania y en España; *Gallaici* en Tracia como en nuestro noroeste; el *Silaruz* de la Cispadana corresponde al *Sil* de los astures y al *Siluca* (*Jiloca*) en Aragón; sobre el nombre *Astur* y su difusión en Italia, v. A. MONTENEGRO DÚQUE *La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitalica*, Salamanca 1949, p. 151 s.

(30) Sobre la lengua de los filisteos, BONFANTE *American Journal of Archeology* L (1946) p. 251 ss.; también defiende su carácter ilírico H. KRAHE *Die Indogermanisierung Griechenlands und Italiens* p. 49.

señalarse en las tres, como ocurrió en el caso de los godos, que en dos siglos llegaron desde Asia menor a Galicia; ni tampoco que un pueblo detenido por uno u otro motivo haya reducido considerablemente el área de su expresión: por ejemplo sería inútil buscar eslavos más al occidente de Istria.

Si sería arriesgado en el estado actual de nuestros conocimientos resolver los problemas que existen en Europa central mediante la perfecta coordinación de arqueología y lingüística, podemos en cambio buscar el sincronismo de las invasiones hacia el Sur, y de ellas se podrían deducir enseñanzas.

Remontándonos en el tiempo, tendríamos hacia el siglo VI - V el movimiento de los celtas. Invaden Galia, a la que dan su primera fisonomía histórica, la Galia cisalpina, recorren la península balcánica hasta Delfos y pasan al Asia menor donde fundan la Galacia. Roma fué tomada por ellos.

Otra invasión se señala hacia el siglo VIII en el Occidente: son los celtas goidénicos, que se instalan sólidamente en Hispania.

Pero son mucho más complejos otros movimientos más antiguos de pueblos. Entre los siglos XII y X se ponen en movimiento los dorios sobre Grecia, los oscumbros sobre Italia, los indoeuropeos sobre Hispania y Galia y las islas británicas, los ilirios sobre el Balkán occidental.

Otra invasión, hacia 1500 - 1400, lleva a los latinos sobre Italia, a los aqueo-eolios sobre Grecia, a los frigios, que acaban con los hititas, sobre Anatolia. Hacia el occidente, se inicia entonces la indoeuropeización de Galia (30 bis).

Antes de esta fecha ya llegan los jonios a poblar toda la Grecia continental. Y por el mismo tiempo se señalan las primeras influencias indoeuropeas en Italia (31).

En el año 2000 o antes tenemos a los protohititas en el Asia menor. Los arios ya se señalan a partir de ese mo-

(30 bis) Ya V. PISANI: "Studi sulla preistoria delle lingue indo-europee" en *Atti Accademia dei Lincei* 1933 sostuvo la tesis de una cierta comunidad entre aqueo-eolios, osco-umbros y britónicos, acusada por el paralelismo en el tratamiento de las labiovelares. Por lo demás, es un tópico de la antigua historiografía el de la descendencia de los latinos de unos antepasados eólicos.

(31) MENGHIN: *Runa* I. p. 151.

mento desde el Cáucaso hacia el Sur (32). Pero las primeras invasiones indoeuropeas que la lingüística postula son aún más antiguas. A través del puente de las Cícladas llegan desde Asia menor hasta Tesalia las gentes de la cerámica de *Urfirnis*. Aún corresponderían a épocas más antiguas las gentes de la cultura de Dimini, que contribuyen a la creación de la cultura cicládica primitiva.

Quizá los "protoindoeuropeos" de Kretschmer sean bien unos bien otros de estos. Notemos que la llegada de las gentes de Dimini no es aún en forma violenta, y si son indoeuropeos no han tomado el aspecto de guerreros que los va a distinguir ya siempre.

Y para terminar dos notas. La primera es señalar que el progreso de la humanidad se aceleró a partir del momento en que ciertos descubrimientos no indoeuropeos cayeron en manos de éstos. El caballo, que vino de Asia. El bronce, de Asia menor y del occidente tartesio. El hierro, de Asia menor y Oriente. Gracias a estas invenciones y probablemente también por causas demográficas y por consiguiente económicas, los indoeuropeos pasan de ser agricultores y ganaderos pacíficos a constituir aristocracias guerreras.

La otra, es señalar que hay que contar siempre con la mezcla en las invasiones, ya que un pueblo puede ser arrastrado en el movimiento de otros de raza completamente distinta. Entre los germanos, por ejemplo, vienen alanos, que son nómades de Escitia. Más tarde, se mezcla íntimamente a la historia de los propios germanos el pueblo huno, cuyo jefe, Attila, tiene nombre godo.

Para hacer hipótesis acertadas sobre las causas de aquellas invasiones, no hay sino que repasar la ulterior historia de Europa, hasta nuestra época. Después de la invasión céltica de hacia el 500, quedan algunas aisladas (la de los cimbro y teutones, la de los germanos de Ariovisto, hasta que las grandes invasiones arruinan el Imperio de Occidente, Galia, His-

(32) MENGHIN: *Runa* I. p 117, Kretschmer, "Inder Am Kuban" *Anzeiger der phil. hist. Klasse, Akad. der Wiss. BRANDENSTEIN Erst indg Wanderung*, Wien 1936, y H. SCHMOKEL *Die erst Arier im alten Orient*, Leipzig, 1939.

pania, Grecia, Iliria y Tracia, Asia menor se ven invadidas de modo no desemejante a como lo fueron ocho o diez siglos atrás. Después las invasiones se repiten casi sin interrupción, y la humanidad occidental regresa a una etapa apenas menos confusa que la del segundo milenio y la primera mitad del primero antes de nuestra era: germanos, eslavos, hunos, avaros, magiares; más tarde, árabes, turcos, mongoles... Un reposo desde el avance turco parece haberse interrumpido de nuevo con la conquista de Berlín y Viena por los pueblos de la U.R.S.S. en 1945. Al cabo de cuatro siglos de reposo, henos ante una amenazante etapa de invasiones iniciada.

Naturalmente que la historia no sirve para profetizar, ni tal era mi ambición. Quería solamente bosquejar el estado actual del problema e invitar a los jóvenes argentinos que me escuchan a participar en su estudio. Les he ofrecido, más que verdades terminadas y perfectas —que, ¿qué vamos a decir?, no nos interesan tanto— tantas y tantas tentadoras cuestiones que aguardan solución.